

MÁXIMAS EN CIUDADELA DE SAINT-EXUPÉRY: CRITERIOS PARA EL HOMBRE DE HOY

Por BERNARDINO MONTEJANO (*)

I

I. EL IMÁN DE CIUDADELA.

La obra póstuma e inconclusa de Saint-Exupéry, en la cual había trabajado diez años y proyectaba laborar otros tantos, es como un imán que atrae a todo lo anterior. Si la hubiera concluido, como se ha dicho, sería la *Suma* del escritor.

Algunos como Capestany sostienen que ésta sería *El Principito*. No estamos de acuerdo, porque esta obra tiene otro papel: el de una síntesis, cuando él, después de años de preparación decide hacer hablar a ese niño que llevaba adentro, que vivía en él. Allí se produce un desdoblamiento entre el niño y el hombre, entre ese pequeño filósofo que interroga, que quiere saber ¿qué son las cosas?, ¿cuál es su naturaleza?, que pide explicaciones y el veterano aviador, que muchas veces no atina a responder, porque su mirada superficial le impide leer adentro, descubrir las esencias.

Así como en el desierto dialogaron y se hicieron amigos el aviador y el Principito, es interesante plantear una conversación entre dos Saint-Exupéry: el de la ternura que aparece en *El Principito* y el de la autoridad, del rigor, de la disciplina, que encontramos en *Ciudadela*. No es nuestro tema, pero el pequeño no estará del todo ausente, porque como ya lo anticipamos, toda la obra anterior está de algún modo presente en la póstuma e inconclusa.

Saint-Exupéry jamás hubiera permitido la publicación de Ciudadela. Era un escritor muy ordenado que escribía mucho y luego seleccionaba con rigor. Expresaba una idea de varias maneras, escribía distintas versiones del mismo tema y después escogía y corregía. De trescientas páginas podían quedar cien.

(*) Universidad Católica Argentina (Buenos Aires).

Sin embargo, fue buena la decisión de sus herederos de publicar esta obra aún en bruto: incluso la edición francesa aparece con un índice temático muy útil elaborado por su hermana Simone de Saint-Exupéry.

Su lectura es difícil y a veces tediosa, pero vale la pena; es una inmensa cantera donde hay oro y también escoria. Se trata de penetrar en la obra, ordenar sus textos y sacarles el jugo, que a veces es denso y generoso.

II. LAS SENTENCIAS

Hoy nos ocuparemos de las máximas, utilizando este término en el sentido de sentencias, aforismos, dichos, adagios, proverbios, apotegmas (1).

Estas sentencias de *Ciudadela* se refieren al hombre, al matrimonio y a la familia, a la tradición, a la virtud, a la justicia, al imperio, al silencio, al tiempo, a Dios, al trabajo, a la profesión y al oficio, a la propiedad y a todo lo vinculado con la economía.

Debemos aclarar que algunas de estas máximas son reglas, definidas por el Diccionario de la Real Academia Española, como «doctrina buena para dirección de las acciones morales», en su segundo significado, y «una idea o norma a la cual se adapta la manera de obrar», en el tercero.

III. EL HOMBRE Y LA CIUDADELA

En la línea de Platón quien, en su *Politeia*, cuando busca saber qué es la justicia, compara al hombre con la *polis*, Saint-Exupéry confronta al hombre con la ciudadela: «*El hombre era en todo semejante a la ciudadela. Destruye los muros para asegurarse la libertad; pero él no es más que fortaleza desmantelada y abierta a las estrellas. Entonces comienza la angustia de no ser*» (2).

Aquí surge una pregunta: ¿por qué esta semejanza?

Respecto a la construcción de la ciudadela, nos ofrece un hermoso parangón con el navío: «¡Ciudadela! Te he construido como un navío. Te he clavado, aparejado, después abandonado en el tiempo, que es un viento favorable. ¡Navío de los hombres sin el cual perderían la eternidad!» (IV).

Pero *la ciudadela también se construye en el corazón de los hombres*. «¡Oh, ciudadela, mi morada, te salvaré de los proyectos de la arena y te ornaré de clarines a tu alrededor, para sonar contra los bárbaros (II)».

(1) El tema lo hemos desarrollado en nuestro trabajo «Los adagios en el derecho», apéndice al *Curso de derecho natural*, 7.^a edición, Lexis Nexis, Buenos Aires, 2002, págs. 329/330; también publicado en *Verbo*, Speiro, Madrid, noviembre-diciembre 2002, n.º 409/410, págs. 765 a 780.

(2) *Citadelle*, II, en *Oeuvres*, Gallimard, París, 1959, pág. 516. En adelante citaremos en el texto.

El jefe de ciudadela aparece como «constructor de ciudades», que debe asentar los cimientos, para iniciar su obra: «He contenido la caravana en marcha. Ella no era más que semilla en el lecho del viento. El viento acarrea como su perfume la simiente del cedro. Yo resisto al viento y entierro la semilla, en vistas de desparramar los cedros para gloria de Dios» (II).

Pero el cedro crece como tal y no como palmera. En su naturaleza encuentra sus posibilidades de desarrollo y también sus límites; o sea que necesita insertarse en un orden que lo orienta y lo ciñe.

También el hombre debe crecer, se construye a sí mismo, a través de sus actos, pues tiene una naturaleza, que es esencia, que lo configura, limita y determina, pero también dinamismo en pos de una perfección, de un acabamiento, empresa de toda la vida, que sólo concluye con la muerte temporal. O sea que el tiempo también para el hombre puede ser un viento favorable, como la gracia divina que, cuando está bien dispuesto, lo mueve suavemente hacia el puerto de la eternidad.

Esa construcción comienza desde los primeros años y por eso Saint-Exupéry nos regala una máxima que alude a las raíces de la pertenencia, que siempre tenemos que proteger, abonar y regar, sin permitir que se debiliten, pues ellas nos permiten crecer en continuidad fecunda: «*Soy de una infancia como de un país*» (3).

A partir de ella, sin olvidarla, sin despreciarla, continúa la empresa: «*La vida importa construirla como un templo a fin de que muestre su rostro.*»

Y en este camino, el futuro es incierto para nosotros, pues «cada día tiene su afán». Por eso, «*no hay amnistia divina que te evite el porvenir.* Querrías ser: no serás sino cuando llegues a Dios. Te devolverá a su granero cuando te hayas transformado lentamente y amasado por tus actos; porque el hombre... tarda mucho en nacer» (XXIX).

El hombre debe ser señor de sí mismo, practicar la virtud de la templanza para que su interior se encuentre bien dispuesto y lo humano racional, lo que lo especifica y distingue dentro del género animal, gobierne sobre lo humano animal. Saint-Exupéry lo expresa en una sugestiva máxima: «*Aquél que reina, si no reina primero sobre su propio cuerpo, es sólo un usurpador ridículo*» (XXXIII).

Pero en su navegar itinerante el hombre y el navío encuentran sus obstáculos, siempre están amenazados.

Alrededor del navío está la naturaleza ciega. Y se equivoca quien olvida la potencia del mar, quien piensa que el mar es solo ornamento del navío.

Se equivoca quien considera al navío un absoluto, porque pierde la circunspección, la ubicación, olvida el contorno; ese, entonces «*está como desmantelado y pronto verá brotar el mar cuya ola lavará sus juegos imbéciles*» (V).

(3) *Pilote de guerre*, XIV, en *Oeuvres*, ed. cit., pág. 311.

Lo mismo sucede con el hombre cuando no advierte la importancia de los muros y aquí Saint-Exupéry denuncia al insensato y al juglar de las ideas (4). El insensato desconoce el valor de lo establecido, pretende engrandecer al hombre, liberarlo de sus obligaciones y destruir el palacio «donde todos los pasos tenían un sentido», con el argumento de la eficiencia, que la estupidez pone hoy en tantas bocas: «Cuánto lugar dilapidado, cuántas riquezas inexploradas, cuántas comodidades perdidas por negligencia» (III).

El insensato, el juglar, a quienes Saint-Exupéry llama a veces «charlatán imbécil», transforman el palacio en plaza pública y degradan a los hombres que a su sombra vivían; ya no se alzan hacia las alturas las murallas, torres y almenas que pueden inspirar poemas. Durante un tiempo esos hombres viven del recuerdo de esa sombra; pero un día la misma remembranza desaparece en el olvido, y ellos no saben dónde se encuentran.

Sin los muros protectores el hombre se encuentra perdido; su libertad gira en el vacío, es estéril, es la libertad de no ser. Este es, tantas veces, el hombre de nuestros días, que todo lo intenta solucionar con puentes y diálogos.

El palacio aludido por Saint-Exupéry, tenía puentes, pero también murallas; el puente, sería el diálogo con el forastero, las murallas la defensa contra el eventual invasor. Hoy, perdida muchas veces la identidad, se vive en un falso diálogo, el cual, según Piero Ostellino, «ya no es más disponibilidad a conocer las razones del prójimo, sino que se ha transformado en una inclinación, para vivir tranquilo, en hacer concesiones al agresor» (5).

IV. EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

El matrimonio debe prepararse en un clima de decencia, pudor, recato, todo tan escaso en nuestros días. Es por eso que Saint-Exupéry acuña una máxima, con seguridad elaborada a partir de su experiencia africana entre los bereberes: «Sólo donde las mujeres llevan velo te quema el deseo de leer su rostro» (CCXI).

También es necesaria la práctica de la templanza pre-matrimonial. Para el escritor francés, sería escandaloso lo que hoy es tan común: emparejamiento, matrimonio a prueba, mero ayuntamiento, que en el menos malo de los casos configura fornicación. Para el caso, propone otra sentencia: «No tocarás a tu mujer hasta las bodas, a fin de que tu lecho sea victorioso» (CLXXXVII). Este sentido del pecado, en nuestros días tan ausente, aparece incluso en las letras del tango de nuestra música popular porteña: «Así por lo bajo las viejas del barrio, comentan la cosa con admiración, ha visto señora qué poca vergüenza, vestirse de blanco después que pecó».

(4) El tema lo tratamos en «Saint-Exupéry en la obra de Rafael Gamba», *Liber Amicorum* de Rafael Gamba, Madrid, 1988.

(5) «Prigionieri del passato», en *Corriere della Sera*, Milán, 16/9/2004.

El matrimonio, «oficio de madre», es de uno con una y para siempre, exige quemar las naves al desembarcar. Saint-Exupéry no tiene la menor duda acerca de esto y acuña un apotegma: «*No hay amor sino donde la elección es irrevocable*» (CXCIII). Ese amor no se marchita, sino que cada día se renueva, porque «el amor verdadero no se gasta. Más das, más queda. Y si vas a extraerlo a la fuente verdadera, más tú sacas, más generosa es» (CXXIII).

Los hombres no sólo viven o sobreviven, sino que habitan, se afincan, se arraigan, y este habitar es fundamental para entender la realidad, para aprender a discernir en concreto lo bueno de lo malo; de allí la máxima: «*Los hombres habitan y el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de la casa*» (III).

Esa casa, sede del matrimonio y de la familia, debe ser construida para durar en el tiempo, para soportar ataques, como nos relata el Evangelio cuando nos pone como ejemplos el del hombre sensato que edifica su casa sobre la roca y el del insensato que la edifica sobre la arena. Aquí Saint-Exupéry nos regala otra sentencia, que alude a la continuidad y al papel del transcurrir de los días y de los años: «*La casa es pasta en el alba para transformarse por la tarde en libro de recuerdos*» (CXIX).

En nuestros días la educación de los hijos se encuentra erizada de problemas. El contorno que le toca vivir a la niñez y a la juventud es análogo al de la decadencia del Imperio Romano. Los nuevos bárbaros poscristianos son mucho peores que los bárbaros antiguos. Es la realidad que nos agobia. Y ante ella hay dos posibilidades: el encierro en una especie de *ghetto* o el fortalecimiento, la armadura, la edificación de una persona libre, capaz de enfrentar a las modas, a la tiranía de la calle o de las masas.

Saint-Exupéry, con su agudeza habitual, sintonizó bien el problema: «*Es triste que aquella que ves tierna y plena de ingenuidad, se vea amenazada por el cinismo, el egoísmo o la malicia que explotará su gracia fácil y su fe plenamente concedida... Mas para sustraerla a los riesgos naturales de la vida, anhelas un mundo ya muerto. E impides edificar un templo que sea bello por horror a los temblores de tierra que lo destruirán... No es en vano que todo lo que amo es lo que está amenazado... Amo al amigo fiel en las tentaciones. Pero si no existe tentación no hay fidelidad*» (CIX).

V. LA TRADICIÓN

La familia vive en el marco geográfico de la patria, pero también vive en el desarrollo de la tradición. Así como al hombre la casa, la ciudad y la patria lo protegen del abismo del espacio, los ritos y las tradiciones, lo protegen del abismo del tiempo.

Es esa herencia, la que nos distingue de los hombres de las cavernas, la que nos abre «nuestro entendimiento interior».

Saint-Exupéry critica a quien ignora la continuidad de los hombres a través de los siglos: «Quieres resolver tu operación en el ciclo de una sola vida humana y pretendes no emprender nada que salte sobre los individuos y las generaciones. Con lo cual te mientes a ti mismo. Porque cantas a aquéllos que murieron por el mar a bordo de frágiles veleros y abrieron a sus hijos el camino de las islas; cantas a los que murieron por sus inventos sin sacarles provecho, para que otros pudieran perfeccionarlos; cantas a los soldados sacrificados en las fortificaciones que para sí nada recogieron de la sangre vertida; cantas también al que planta un cedro, aunque sea viejo y nada espere de la sombra lejana» (CXCVIII).

Magnífico canto a la herencia, ratificación de la verdad expresada por Charles Maurras: «*El hombre es un heredero*», refutación de los «nuevos Colonos» y de los prisioneros del «complejo de descubridor», según la terminología del gran sociólogo ruso Pitirim Sorokin.

En su primera obra *Correo del Sur*, Saint-Exupéry ya escribía: «*La fortuna es lo que hace perdurar las cosas. Es el nudo invisible, subterráneo, que alimenta durante un siglo los cimientos de una casa, los recuerdos, el alma*» (6).

En su obra póstuma, retoma el tema en la misma dirección: «Respeto antes que nada lo que dura más que los hombres. Y salva así el sentido de sus mutaciones. *El cambio no es posible cuando nada estable permanece a través de las generaciones y el tiempo que entonces corre, es inútil como un reloj de arena*» (VI).

Allí, se encuentra también una crítica, que pareciera dirigida a Rousseau y sus discípulos: «Vosotros hacéis del hombre una bestia primitiva y desnuda al olvidar que la humanidad en su desarrollo es cual un árbol que crece» (XXII).

VI. LA VIRTUD

En las huellas de Aristóteles, para quien la virtud es un término medio entre dos extremos viciosos determinado por la razón y como lo determinaría el hombre prudente, según la definición que expresa su esencia, pero que desde el punto de vista de la perfección y del bien es un extremo, Saint Exupéry, poco amigo de las medias tintas, destaca la importancia del último punto de vista.

Así afirma: «*No deseo que se hiera y se cure moderadamente. Castigo al médico que niega su atención, castigo al soldado que niega sus golpes*». Y nos ilustra el tema con un ejemplo elocuente: «Exijo del médico que atravesase el desierto, aunque sea sobre los puños y las rodillas para curar la herida de un hombre. Aunque ese hombre fuese un descreído. Porque fundo así el respeto del

(6) Segunda parte, VI, en *Oeuvres*, ed. cit., pág. 33.

hombre. Pero ocurre que el imperio está en guerra contra el imperio del descreído, exijo de mis soldados que atraviesen el mismo desierto para extender al sol las entrañas del mismo descreído. Pues así fundo el imperio» (CCXIII).

Todo hombre tiene imperfecciones, defectos, vicios, pecados. En *El Principito*, aparece el tema de los baobabs, el de las malas hierbas, el de los vicios, que se deben arrancar del planeta del alma apenas se reconozcan. Si no se realiza esta tarea a la larga sucede lo que ocurrió con el perezoso: los vicios invaden todo el planeta, lo perforan con sus raíces y lo hacen estallar (7). Saint-Exupéry además sabía que no era ningún santo y no lo ocultó, pero tampoco hizo ostentación de lo que tenía de vituperable, como hacen tantos hoy, que son fuente de escándalo, como un sacerdote cordobés que publica sus infidelidades y sus aberraciones, ante un extraño silencio de su arzobispo.

Por todo eso escribe que «la virtud es perfección en el estado de hombre y no ausencia de defectos». Y luego viene una interesante aplicación al caso del imperio, que puede, a través del encuadramiento y la disciplina, transformar y ennoblecer a una especie de «Legión Extranjera», formada por gente con antecedentes poco recomendables: «Si quieres salvar al imperio cree en su fervor. Drenará las agitaciones de los hombres... Y los mismos esfuerzos construirán la ciudad en lugar de destruirla... Les ofrezco otras embriagueces distintas a la embriaguez mediocre de la rapiña, de la usura o del estupro. He aquí que construyen, su orgullo se transforma en torres y murallas. Su crueldad se convierte en grandeza por el rigor de la disciplina. Y he aquí que sirven a una ciudad nacida de ellos mismos y en la cual se han cambiado sus corazones. Y morirán en sus murallas para salvarla» (XVI).

Bueno sería aplicar una política análoga a piqueteros, beneficiarios de los planes trabajar, subocupados, mendigos profesionales, a tantos parásitos que genera la Argentina de hoy, y que, en lugar de construir, destruyen, y que, en lugar de amar, odian. Pero para eso se necesitaría tener la visión ético-política de Saint-Exupéry.

VII. LA JUSTICIA

En el tema de la justicia nos encontramos con un gran confusionismo producto de la falta de formación filosófico-jurídica de Saint-Exupéry. Cegado por su perspectiva que detesta el igualitarismo y hace un culto de la jerarquía, no es capaz de entender la justicia (8) como una igualdad, sea distributiva o conmutativa, propia de la justicia llamada particular.

(7) El tema lo tratamos con detalle en nuestra *Aproximación al Principito*, Educa, Buenos Aires, 2.^a ed., 1999.

(8) Desde una perspectiva más amplia nos ocupamos de la cuestión en *El derecho y la justicia en Saint-Exupéry*, Millennium, Campinas, Brasil, 2001.

Como muestra de esta visión parcial de las cosas, que en lugar de combinar en forma armoniosa la igualdad con la desigualdad las opone, transcribiremos un texto que dice: «Te arruina tu igualdad... Eres injusto con los días ordinarios cuando preparas la fiesta; pero la fiesta por venir embalsamará los días ordinarios... ¡Ah! Tu justicia exige que los días se asemejen a los días». Esa justicia había igualado los días que el ceremonial había transformado en bastlica. Lo que sucede, es que eso no es igualdad, sino igualitarismo injusto.

A la justicia igualitaria, obra del moderno insensato, le opone la «alta justicia». Le enrostra al juglar el haber malgastado el tesoro de los ritos: «Todo has destruido y todo dilapidado al perder el sentido de la fiesta y al creer enriquecerte al distribuir tus provisiones día por día... Y has rechazado el ayuno, que era condición de la comida de fiesta. Has rehusado la amputación de la parte del trigo, que, al ser quemada para la fiesta, creaba la luz del trigo. Y no concibes que haya un instante que valga la vida cegado, cegado por tu miserable aritmética» (CXC).

En la línea de la reivindicación de los días festivos aparece la «alta justicia» expresada en la sugestiva metáfora del velero: «*Deseaba que no se confundiese con una pobre justicia la alta justicia a la que yo servía... Una vez construido el árbol, si es hermoso, quiero transformarlo en mástil de velero, no distribuirlo a todos en leños para fuego de una hora. Porque poco les engrandecerá una hora de fuego. Pero, plenamente, embellecerá a todos la botadura de un navío*» (CXCVIII).

Además, también Saint-Exupéry advierte los límites de la justicia humana, y las búsquedas difíciles de la justicia, esta parcial y relativa propia de nuestro mundo, que incluso a veces se descubre a partir de la injusticia, como parece señalar el oscuro Heráclito, o de la consideración del hombre injusto, como hace Aristóteles: «Vanidosos los justos que imaginan no deber nada a los tanteos, a las injusticias, a los errores, a las verdades que los trascienden. ¡Ridículo el fruto que desprecia al árbol!» (CCVIII).

También es muy fecunda otra referencia a la justicia en la cual se nota el teocentrismo de Saint-Exupéry, quien realiza una original aplicación de la doctrina de la *imago Dei*, del hombre como criatura creada a imagen de Dios: «*La justicia mía... consiste en honrar al depositario a causa del depósito. En el mismo grado que me honro a mí mismo. Porque refleja la misma luz*» (VIII).

VIII. EL IMPERIO

En *Ciudadela*, Saint Exupéry inventa una gran figura pública que es el imperio, el cual consiste en una reunión familiar de cabras, carneros, moradas y montañas, anudadas por el espíritu para edificar a los hombres mediante el fervor.

El imperio nos permite soñar con las grandes gestas, genera el espacio para las empresas magnánimas, que ensanchan el corazón y hacen posible el crecimiento de los hombres. «¿Qué sería de un niño si no existe un imperio y si no sueñas hacer de él un conquistador, un señor o un arquitecto?... Sería un paquete de carne» (XII).

Porque como, en última instancia, es la sociedad para los hombres y no son los hombres para la sociedad, el imperio es un medio. Esta idea, clave para evitar cualquier totalitarismo, el escritor la expresa así: «No sacrifico los hombres al imperio, sino que fundo el imperio para que los hombres se llenen de él y él los anime; el hombre es para mí más importante que el imperio. *Para fundar a los hombres los he sometido al imperio*» (XLVII).

Respetuoso de las auténticas jerarquías humanas y de la primacía de los bienes espirituales, opuesto a la vez a toda demagogia o avaricia, Saint-Exupéry se refiere a los cimientos de esa *organización política proyectada para elevar a los hombres*: «la calidad de la civilización de mi imperio no se asienta sobre la calidad de los alimentos sino en el de las exigencias y en el fervor del trabajo No está hecha de posesión sino de don». Pensamiento resumido en este adagio: «Una civilización se asienta sobre lo que exige de los hombres, no sobre lo que les suministra» (IX)

Todo esto lo acuña en un aforismo, que muestra su sentido aristocrático de la política, heredado de los filósofos clásicos: tratar de que los hombres sean mejores, promover su plenitud, crear el espacio para que alcancen la perfección: «*Fuérzalos a construir una torre y los transformarás en hermanos. Pero si quieres que se odien, arrójales un poco de grano*» (IX).

El gran motor del imperio es el amor que une, que construye, no el odio que disgrega y demuele. Aquí el velero sirve para la alegoría: «*Arraiga en un pueblo el amor por el velero y atraerá todos los fervores de tu territorio para transformarlos en velas*» (CXVIII).

IX. CIUDADELA Y EL HOMBRE DE HOY

Considero, que es aquí pertinente relacionar esta doctrina con nuestra actualidad, pues las máximas de *Ciudadela*, constituyen criterios válidos para el hombre de nuestros días.

En primer lugar, hoy nos encontramos regidos por sistemas políticos que no permiten a los niños soñar, incluso peor, pues han establecido condiciones perversas que a la mayoría de esos niños les roba la niñez, a través de la televisión, de la publicidad, de los pasquines o sea de los diarios, de las revistas, de la radio, de los escándalos, de la inseguridad, etc. y pronto a través de una proyectada «educación» sexual, que como la ideada en tiempos de Alfonsín, seguramente incluirá trabajos prácticos, que extendidos al ámbito infantil, pueden conver-

tirse en el paraíso de los pedófilos, defensores de la sexualidad intergeneracional.

En segundo lugar, *este Estado* que tenemos, como casi todos los modernos infiltrado por el totalitarismo, *no es un medio para edificar a los hombres, sino que los sacrifica, chupa su sangre como un gigantesco vampiro, los convierte en robots, heterodirigidos y masificados.*

En tercer lugar, *este Estado*, no sólo desde hace tiempo ha dejado de ser una «persona de bien», que debería ennoblecer al hombre, sino que *se ha transformado*, a través de los malos ejemplos públicos, *en el gran corruptor de los hombres.*

En cuarto lugar, *nuestros gobernantes*, que se han convertido en especialistas en «arrojar grano», reparten alpiste entre los hombres como si fueran canarios, mientras *fomentan no el amor, la concordia, la paz, sino el odio, la discordia, el resentimiento.* Han olvidado las grandes consignas del orden, la jerarquía, la disciplina, que hacen posible que, unidos a través de una gran empresa, los hombres se vuelvan hermanos; en cambio, sus palabras y sus obras generan en forma cotidiana la disgregación de la sociedad y el enfrentamiento entre los diversos sectores que la integran.

X. LEJOS DEL FANGO, CERCA DEL SOL

Volvamos a Saint-Exupéry y a su imperio, volvamos a la cercanía de las águilas y del sol, lejos del fango en el cual parece que cada día quieren algunos hundirnos cada día un poco más.

El imperio es una construcción humana; todas las construcciones humanas son corruptibles; conclusión: el imperio es corruptible.

Sin embargo nosotros vivimos en un régimen, la democracia, según sus cultores, incorruptible. Con él, hemos escuchado, no sólo se votaba, sino también se comía, se educaba, se curaba, etc., o sea era el remedio para todas nuestras necesidades. Un régimen político se transformó en un ídolo, del cual usufructúan sus adoradores. Y hoy vivimos las consecuencias de la idolatría, en los ámbitos de la alimentación, la educación, la salud, a los cuales habría que agregar otros, como la seguridad, el salario digno, la retribución justa, las jubilaciones y pensiones, el transporte público, el acceso a la vivienda, etc.

El imperio no era un ídolo, sino una realidad humana. Y todo lo humano es precario, se encuentra amenazado, puede desaparecer por disolución interior o por ataque exterior. Dos textos del escritor se refieren al tema, el primero genérico: «Vana es la ilusión de los sedentarios que creen poder habitar en paz sus moradas, porque *toda morada está amenazada*»; el segundo específico: «*Mi imperio está amenazado por todas partes. Su materia es una reunión familiar de*

cabras, carneros, moradas y montañas; pero si se rompe el nudo que los reúne, no quedarán más que materiales en desorden y ofertas para el pillaje» (VII).

Ese nudo misterioso es la tradición, lo que los griegos llamaban *nomos* de una ciudad, esos «*nomos* humanos alimentados por el único *logos* divino», como expresa la sentencia del oscuro Heráclito de Éfeso.

El imperio necesita de un orden, pero de un orden vivo que no elimine la diversidad de los elementos preexistentes, sino que los una respetando su diversidad. Por eso afirma Saint-Exupéry: «*El orden verdadero es el templo. Movimiento del corazón del arquitecto, que anuda como una raíz la diversidad de los materiales y que exige para ser uno, durable y potente esa misma diversidad» (LXXV).*

El orden es resultado, fruto y no causa de una vida fervorosa. Es muy importante no invertir la causa y el efecto, que es entender las cosas al revés, como señala nuestro escritor: «*Algunos reconocieron que los imperios gloriosos estaban en orden. Y la estupidez de los lógicos, de los historiadores y de los críticos les hizo creer que el orden de los imperios era la madre de su gloria, cuando yo digo que su orden y su gloria eran el fruto de su fervor... el orden que fundo es el de la vida... El orden por el orden es una caricatura de la vida» (LXV).*

Porque cuando el fervor se agota, el imperio se destruye a sí mismo y por ende, arruina a los hombres, pues si éstos «se ablandan es porque el imperio que alimentaba su fertilidad ha muerto en ellos».

XI. EL IMPERIO Y EL CEDRO

El imperio es como un cedro vigoroso que hunde sus raíces en la profundidad de la tierra y transforma el estiércol en tronco, rama y hojas, mientras busca las alturas. Ese vigor se mantiene mientras el árbol vive tenso, lucha contra los enemigos que lo rodean y triunfa contra los embates del viento y las arenas. Pero «cuando la tormenta rompe las ramas del cedro y el viento de arena lo seca y cede ante el desierto, no es porque la arena se haya vuelto más fuerte, sino porque el cedro ha renunciado ya y abre sus puertas a los bárbaros» (XIII).

La renuncia del cedro es una metáfora que simboliza el fin de una civilización, la muerte de una época, esos tiempos férreos que los clásicos llaman Edad de hierro, tal vez superados en su descenso, por nuestra Edad de plástico. Una civilización, una ciudad, un imperio, mueren aquí por corrupción interior: marchito su ideario se rinde ante los enemigos que siempre acechan. Las murallas exteriores se derrumban como consecuencia del acabamiento del espíritu que algún día las vivificó.

La corrupción del imperio genera la corrupción de los hombres. Saint-Exupéry relata el estado de una sociedad agotada: «Se ridiculizaba a los virtuosos y triun-

faban los mercaderes. Se vendía. Se alquilaba a las vírgenes. Se pillaban las provisiones de cebada que habían reservado con vistas a las hambres. Se asesinaba. Pero no era yo tan cándido como para creer que el fin del imperio se debía a esta decadencia de la virtud, pues sabía bien que esta caída de la virtud se debía al fin del imperio» (XIII). Si agregamos se secuestraba, se corrompía el alma a través de los medios de comunicación, se destrozaba a la familia a través de las leyes, se destruía la seguridad jurídica a través de las sentencias, tendríamos una imagen bastante aproximada de nuestro país hoy.

Con esto concluimos la primera parte de este breve ciclo. La segunda, estará destinada en su inicio a tratar de las máximas que aluden a las cosas urgentes que integran la economía: la producción, la distribución, el consumo, el trabajo, el salario, el oficio, las finanzas, bancarias o no, pero culminará dedicada a las sentencias que se refieren a los temas importantes: el silencio, el tiempo, Dios.

II

Comenzaremos esta segunda parte de nuestro estudio acerca de las máximas de Saint-Exupéry con un encuadre de su pensamiento económico.

Nuestro escritor *es un hombre con experiencia económica*; es un pensador para quien lo económico forma parte integrante del bien común político, pues los bienes económicos, útiles y escasos, son bienes humanos, integrantes del bienestar material, que no confunde con la suma de bienes materiales, y *es un aristócrata, un hombre magnánimo*, que «se dirige a las mayores cosas según el orden de la razón» y prefiere «los bienes infructuosos a los útiles» (9).

Su experiencia personal lo lleva a escribir muchas máximas acerca de las realidades económicas de las cuales por ahora elegimos dos: la primera, es de *Tierra de hombres*: «Trabajando únicamente por conseguir bienes materiales, no hacemos sino construirnos nuestra propia prisión» (10) y la segunda, es de *Ciudadela*: «Las provisiones son necesarias pero más peligrosas que el hambre» (VIII).

I. UBICACIÓN DE LA ECONOMÍA

El gran jefe de *Ciudadela* observa un día la ciudad desde la cima de una serranía y admira el orden de las calles y el dibujo de las murallas. Ante ese espectáculo piensa: «He aquí el colmenar donde duermen las abejas. Al ama-

(9) Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 2-2 q. 129 a. 3, B.A.C., Madrid, 1955, T. IX, págs. 772 y 775.

(10) II, 1 en *Oeuvres*, Gallimard, París, 1965, pág. 158. En adelante citaremos en el texto.

necer se dispersan por la llanura de la que succionan las provisiones. Así los hombres cultivan y cosechan. Y procesiones de pequeños burros conducen a los graneros y los mercados y las reservas, el fruto del trabajo del día... la ciudad dispersa a sus hombres en la aurora, luego los recoge en sí con sus fardos y provisiones para el invierno. *El hombre es aquél que produce y consume*».

Pero desde una distinta perspectiva, desde la otra orilla del río, observa el orden de los edificios y «la flecha de los alminares, traspasando como mástiles la humareda de las nubes, la ciudad parece una flota que parte»; ella es como un navío presto a navegar, a servir a una gran empresa colectiva y «*el hombre, entonces, es aquél que conquista*».

Una tercera perspectiva, lo lleva a mirar a la ciudad desde el interior de sus murallas, desde su centro espiritual, desde el templo que lo conmueve con su silencio, su sombra y su frescura, que lo invita a meditar. Ese ámbito recoleto le permite jerarquizar las realidades humanas contempladas: «*Mi meditación me parecía más importante que el alimento y la conquista. Porque me había nutrido para vivir, había vivido para conquistar y había conquistado para retornar y meditar y sentir mi corazón más vasto en el reposo de mi silencio. He aquí la verdad del hombre. Existe por su alma. Al frente de mi ciudad instalaré poetas y sacerdotes. Y harán dilatarse el corazón de los hombres*» (XXI).

La economía se ocupa del «alimento», o sea de la producción, la distribución y el consumo de bienes, útiles y escasos; ella debe estar subordinada a la política que se ocupa de la «conquista» y gobierna la vida activa del hombre, la vida del «honor», hoy tan devaluada; pero esta vida tampoco es autónoma, ya que se ordena a la vida contemplativa, la vida signada por el silencio, el estudio, la meditación y la plegaria.

Buena enseñanza para estos tiempos oscuros, en los cuales abundan los cultores de una economía dominante o autónoma; Saint-Exupéry, hombre clásico, se pronuncia con claridad, como hemos comprobado, por una economía subordinada.

II. LA ECONOMÍA: INSTRUMENTO PARA EL PERFECCIONAMIENTO HUMANO

El tema del «alimento», que abarca el vestido y la vivienda, es urgente y actual. Existen hoy en la Argentina hombres que pasan hambre, que no pueden vestirse con decencia, que no tienen techo que los cobije. Es urgente que el hombre subsista y se desarrolle; de esto se ocupa la economía. Este es su servicio a la política: «Al palacio sólo le importa que las cocinas sirvan» (XIX); «producir y consumir es como las cocinas del palacio, no lo más importante, sino únicamente lo más urgente» (CXLII).

Porque *lo importante es el alma*, el centro del hombre del cual irradiarán sus acciones, el alma a edificar como una basílica. Por eso a Saint-Exupéry no le interesa una especie que engorda. El interrogante que se propone no es saber si el hombre será feliz, próspero y cómodamente abrigado sino qué hombre se verá próspero, abrigado y feliz, porque a los comerciantes o burócratas enriquecidos que hincha la seguridad prefiere el nómada que huye eternamente por el desierto.

El primer gran capítulo de la economía es el de la producción de bienes. Todos los progresos de la ciencia y de la técnica tienen que estar presentes, aquí para multiplicar los bienes útiles y escasos, los cuales a través de una justa distribución deben llegar a todos los hombres, pues «*es bueno que los individuos prosperen y se alimenten y se vistan y no sufran exageradamente*» (CXXV).

Pero «*alimentar al hombre no es lo mismo que engordar al ganado*». Para mostrar la diferencia Saint-Exupéry recurre al *humanísimo ejemplo del pan*: «*El pan desempeña tantas funciones!* Hemos aprendido a reconocer en el pan un *instrumento de la comunidad*, porque en ella lo partimos juntos. Hemos aprendido a reconocer en el pan la *imagen de la grandeza del trabajo*, porque el pan se gana con el sudor de la frente. Hemos aprendido a reconocer en el pan el *vehículo esencial de la piedad*, porque el pan se distribuye en los momentos de miseria» (*Piloto de guerra*, XXIV).

El segundo capítulo es la distribución de los bienes producidos y todo esto se ordena al consumo, momento en el cual deben intervenir el «juicio económico» (11) y la virtud de la templanza, que permiten al hombre consumir humanamente y no bestialmente, como señor y no como esclavo de los bienes que posee.

La producción debe estar al servicio del consumo, y como afirma Saint-Exupéry: «*Las reformas sociales deben encaminarse a la puesta en funcionamiento de una economía que permita consumirlo todo.* Porque si es un espectáculo chocante ver comprar un piano de cola ante un desocupado que muere de hambre, eso no se debe a que la compra de este piano de cola no sea infinitamente digna del hombre. Hay que permitir al desocupado que coma, sí ante todo, pero no compensarle demagógicamente prohibiendo la venta de pianos de cola... Aquí se trata no de una solución económica, sino de una vuelta moral» (12).

Lo que sucede es que el piano de cola es un símbolo de la grandeza, de la dignidad y de la elevación espiritual del hombre, *su construcción forma y educa al que lo hace y su presencia en la sociedad es móvil de emulación y de esperanza*; todo esto no lo entiende el colectivismo nivelador.

(11) Conf. Dognin, Paul-Dominique, «El juicio económico», en *Ethos*, Buenos Aires, 1973, n.º 1, pág. 93 y ss.

(12) «Carnets», IV, en *Obras completas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1974, pág. 1521. En adelante citaremos en el texto.

III. CONTRA EL ECONOMICISMO

En muchos lugares de su obra Saint-Exupéry se manifiesta contra el economicismo, contra incluso eso que Charles Péguy denomina el carácter prostibulario del mundo moderno, cuando escribe: «El envilecimiento del mundo moderno proviene de que ha considerado como negociables ciertos valores que el mundo antiguo y el mundo cristiano consideraban como no negociables» (13), a lo cual sigue la siguiente máxima: «*El mundo moderno es completamente prostibulario porque es universalmente intercambiable*».

Saint-Exupéry coincide plenamente y en *Tierra de hombres* aparece un texto en el cual pone en su lugar al petróleo, el oro negro, y a los negocios que genera: «*Nosotros nos nutrimos de la magia de las arenas. Otros, quizás, horadarán sus pozos de petróleo y se enriquecerán con sus mercancías. Pero habrán llegado demasiado tarde. Porque los palmerales prohibidos, el polvo virgen de las conchas, nos entregaron su parte más preciosa. Ofrecían tan solo una hora de fervor y esa la vivimos nosotros*» (VI, 7).

No se venden ni se compran la amistad ni el amor. Es por eso, que en *Ciudadela*, aparece un texto con una buena analogía: «Al ver a los hombres desear el amor, les has edificado barrios reservados, grandes como capitales, donde todas las mujeres se venden. Y te has mostrado, así, más estúpido que ese jugador de bolos, que buscaba, sin encontrarla, la voluptuosidad de esa cosecha de bolos que le entregaban sus esclavos» (CXXXV).

A esos que se pasan la vida persiguiendo riquezas que no enriquecen, que no dilatan el corazón del hombre, los llama en *Ciudadela*, comerciantes grasos. Ellos están colmados con sus ganancias y no piden nada más. Pero, como expresa la máxima que sigue: «*Es fácil de colmar el que no tiene espacio en el corazón*» (XII).

Existen hombres insaciables que no extraen sabor alguno de sus objetos, e incluso se irritan contra esos objetos, y carcomidos por la avaricia, aumentan su patrimonio porque no lo consideran suficiente. Y acaparan más riquezas, lo «que les molesta más aún». Y se hastían... «porque para ellos no existe nada que haga resonar los objetos unos sobre otros. Viven en el desierto de sus piedras amontonadas».

Y ¿cuál es la causa de este pecado capital, fuente de otros pecados? Saint-Exupéry da en la clave: «Ellos se estimaban como fin. Y se interesaban únicamente en lo que les servía, no en servir a algo más alto que ellos mismos... “Es tiempo —decían— que el templo sirva a las piedras”. Y todos se marchaban enriquecidos, pensaban ellos, con su pedazo de templo, ¡pero desposeídos de su parte divina y transformados en simples cascotes!» (LXXXVIII).

A estos acumuladores de riquezas que no enriquecen, sino que estorban en nuestro itinerario terrestre, les viene como anillo al dedo la enseñanza evangé-

(13) *Descartes y la filosofía cartesiana*, Emecé, Buenos Aires, 1946, pág. 240.

lica: «Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto: y pensaba entre sí, diciendo: “¿qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?” Y dijo... voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes y diré a mi alma: “Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea”. Pero Dios le dijo: ¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma: las cosas que preparaste, ¿para quién serán? Así es el que atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios» (*San Lucas*, 12, 16/21).

Esta doctrina aparece acuñada en una máxima de *Ciudadela*: «*Nada se espera del hombre que trabaja para su propia vida y no para la eternidad*».

Desde esta perspectiva el hombre debe practicar la virtud de la liberalidad que lo mueve a dar, a hacer compartir a otros lo que es suyo.

En dos sentencias encierra Saint-Exupéry este llamado a la generosidad: «Te acrecientas con lo que das y aumentas tu mismo poder de dar» (XLI) y «*Si pueden robarte lo que recibes ¿quién tiene el poder de robarte lo que das?*» (LV). Nadie; es por eso que sólo se posee en forma irrevocable lo que se da.

Es la doctrina que en la antigüedad nos enseña San Agustín: «Has de estar cierto de que si nada trajiste a este mundo, nada llevarás tampoco de él; y si nada puedes llevar, ¿de qué te han de servir entonces tus trabajos? Atiende al consejo de Dios y no te asustes... porque *no perderás lo que des*. Y no solamente no lo perderás, sino que te habrás granjeado un tesoro en el cielo que será la vida eterna» (Sermón XXXIX).

IV. EL HOMO OECONOMICUS

El economicismo engendra un tipo de hombre el *homo oeconomicus*, uno de los tantos hombre «puros», que abundan desde el Renacimiento y que constituyen reduccionistas caricaturas del hombre a secas, así el jurista puro, el político puro, el artista puro, etc.

Un anticipo de este hombre parcial lo tenemos en Platón, cuando en su *Politeia*, describe al hombre oligárquico: «Es miserable, de todo obtiene dinero, no piensa sino en atesorar».

Aquí recurriremos al *Principito* quien, en una de sus crítica a las personas mayores, a los hombres serios, señala que aman las cifras, para luego ejemplificar: «Si les decís “he visto una hermosa casa de ladrillos rojos, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado” no acertarán a imaginarse la casa. Es necesario decirles “He visto una casa de cien mil francos”. Entonces, exclaman: “¡Qué hermosa es!”». Finalmente, concluye con una decisiva afirmación que apunta al sentido de la vida del hombre: «*Nosotros que comprendemos la vida, nos burlamos de los números*» (IV).

En la misma obra aparece la referencia a un hombre a quien hace objeto del insulto preferido de su infancia: «*champignon*»: «Conozco un planeta don-

de hay un señor carmesí. *Jamás ha aspirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha querido a nadie. Sólo ha hecho sumas y restas.* Y todo el día repite... "Soy un hombre serio..." Se hincha de orgullo. Pero no es un hombre, ¡Es un hongo!» (XIII).

En *Ciudadela*, encontramos la misma doctrina, la misma crítica. Si en otros temas, entre las dos obras existen matices, y a veces divergencias, en éste la coincidencia es total.

Allí también existen personas con quienes Saint-Exupéry no se entiende acerca de la realidad. Elegiremos dos: los hombres de negocios y el ministro del vientre opulento.

Respecto a los primeros nos dice: «*La realidad para tu perro es un hueso. La realidad para tu balanza es un peso neto. Pero la realidad para mí es de otra naturaleza. Por eso tengo por fútiles a los financieros y por razonables a las bailarinas. No es que desprecie la obra de los primeros, sino que desprecio su afectada gravedad, su seguridad y su satisfacción de sí mismos. Pues se creen la meta, el fin y la esencia cuando no son sino lacayos...* Hay trabajos urgentes, como el de las cocinas, de mi palacio... pero cuando viene aquél que no conoce más que las cocinas que en efecto ha acarreado realidades para las balanzas y huesos para los perros, le prohíbo hablar del hombre pues olvidará lo esencial» (CXIII).

El segundo caso es el del «ministro del vientre opulento», que sólo era de sí mismo, que no había hecho fructificar sus talentos en orden a algún bien común. El jefe lo interroga: «¿De qué te sirve poseer? Si te hago cortar la cabeza ¿qué habrá cambiado en el imperio? Tus cofres quedarán en su sitio. ¿Qué dabas a tus riquezas que pudiese faltarles? Muéstrame el árbol que construiste. El poeta saquea los graneros, puesto que se alimenta con los granos sin contribuir a la cosecha. Pero sirve a un poema... Muéstrame a quién sirves...» (CXCVII).

Todo esto lo acuña en una breve frase muy fecunda: «*Odio su inteligencia que era para lo contable. Y que nada observaba aparte del balance*» (CLXXXVI).

Aquí lo importante es la esencia de las cosas, es el servicio, es el fin, es no equivocarse acerca de los medios ni transformarlos en fines. Todo esto se encuentra presente en un texto dedicado a la publicidad y a la propaganda: «*Prohíbo a los mercaderes alabar demasiado sus mercaderías. Porque se convierten en pedagogos y te enseñan como fin lo que es por esencia un medio, y al engañarte así acerca del camino a seguir te degradan; porque si su música es vulgar te fabrican, para vendértela, un alma vulgar. Así pues, está bien que los objetos sean fundados para servir a los hombres; sería monstruoso que los hombres fueran fundados para servir de caja de residuos a los objetos*» (LXXI).

Esto ha sido visto con claridad por un economista, Fyot, quien escribe en coincidencia con Saint-Exupéry: «El productor capitalista ofrecerá indiferentemente a los consumidores pan, alcohol, revistas pornográficas u opio, según

que las condiciones de venta en el mercado le dejen esperar beneficios posibles... Y si el trabajo de los adultos cuesta demasiado caro, sería totalmente irracional tomar en consideración las repercusiones sociales del trabajo precoz: esas ofertas y demandas se manifiestan en el mercado de manera impersonal y espontánea, fuera de toda consideración humana o moral» (14).

También en sus *Carnets*, nuestro escritor se queja de una extraña pedagogía que nos conduce a una nueva forma de barbarie: «Nos hallamos extrañamente sometidos a los objetos, sin duda a causa de la prolongada pedagogía publicitaria que hemos sufrido. En esto somos verdaderos bárbaros. En este aspecto, muchos bárbaros se nos aparecen como civilizados».

V. EL TRABAJO, EL OFICIO, EL SALARIO

Saint-Exupéry tiene experiencia del trabajo, pues realiza una tarea sana que cuenta con un magnífico instrumento, el avión, al cual quiere y acaricia como si fuera un noble caballo, pues le permite más allá de las grandes aglomeraciones urbanas, buscar en las estrellas una verdad campesina.

El trabajo, siempre que sea decente, es noble, por eso recibe esta alabanza en *Ciudadela*: «Es sano que estimes loable lo que te hace vivir. Porque el trabajo es el pan de los niños. Y... se cambia en risas de niños» (CLXIX).

El tema de la retribución es urgente y ella debe ser justa atendiendo a la calidad del trabajo, al estado familiar de quien trabaja, a la situación de la empresa y a las circunstancias de la economía nacional, pues la Nación es la unidad natural de la economía política.

Pero, como bien advierte Saint-Exupéry en su *Mensaje a los jóvenes americanos*, «la necesidad imperiosa en la cual se encuentra la humanidad de arrancar al hombre de la esclavitud asegurándole el fruto de su trabajo ha hecho llamar la atención sobre el trabajo valor de cambio. Pero nosotros *no debemos olvidar que uno de los aspectos esenciales del trabajo no es el salario que procura al hombre, sino el enriquecimiento espiritual que le aporta*» (15).

Este enriquecimiento, el aviador lo experimentó a través de su trabajo; por eso escribe en *Tierra de hombres*: «Ligados a nuestros hermanos por un objetivo común y que se sitúa fuera de nosotros, sólo entonces respiramos. La experiencia nos enseña que *amar no significa en absoluto mirarnos el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección*. No existen compañeros si no se hallan unidos en idéntica tarea, si no se encaminan juntos hacia la misma cumbre» (VIII, 3).

Magnífica descripción del amor, que no es mirarnos el uno al otro, errónea bobería que engendra el egoísmo de a dos, sino mirar en la misma dirección y luego caminar hacia la misma cumbre.

(14) *Dimensiones del hombre y ciencia económica*, París, 1952, pág. 23.

(15) *Écrits de guerre*, Gallimard, París, 1982, pág. 209.

También en la misma obra escribe que «*la grandeza de un oficio consiste ante todo en unir a los hombres*», y recuerda sus comienzos en las líneas aéreas, compartidos por tantos camaradas, cuando su jefe Didier Daurat, a través de severas exigencias, libera sus vocaciones, ennoblece y galvaniza a sus hombres, les construye una armadura, los protege del miedo y de la muerte. Lo recuerda transformado en la figura de Rivière, que aparece en *Vuelo nocturno*: «El hombre para él, era cera virgen que se debía moldear. Se debía dar un alma a esa materia, crearle una voluntad. No creía esclavizarlos con su dureza, sino lanzarlos fuera de ellos mismos» (IV).

Ese trabajo lo unía no sólo a sus camaradas, sino a su país y hasta a los astros; así lo confiesa en *Tierra de hombres*: «*La magia del oficio me abre un mundo en el que habré de enfrentarme, antes de dos horas, a los dragones negros y a las cimas coronadas de relámpagos azules. Y allí, cuando llegue la noche, ya libre, leeré mi camino en las estrellas*» (I).

La unión con su patria carnal se acentúa en esos tiempos oscuros que son la materia de *Piloto de guerra* y allí así escribe acerca del resultado de su participación como el decano de los pilotos del mundo en el conflicto bélico: «*No sólo me siento unido a mis camaradas, sino, a través de ellos, con todo mi país. El amor, una vez que ha germinado, lanza sus raíces que crecen hasta el infinito*» (XXIV).

Para muchos hombres, no existió un Daurat que supiera, en el momento oportuno, despertar y encauzar una vocación que lo colmara. El resultado es el pequeño burgués, descrito en forma magnífica: «*Viejo burócrata, compañero mío... has construido tu paz a fuerza de cegar con cemento, como lo hacen las hormigas blancas, todas las salidas hacia la luz... Te has enroscado en tu seguridad burguesa... has alzado tu humilde muro contra los vientos y las mareas y los astros. No quieres inquietarte por los grandes problemas. Ya tienes bastante trabajo con olvidar tu condición de hombre... Tú eres tan sólo un pequeño burgués de Toulouse. Nadie se preocupó de sacudirte los hombros cuando aún era tiempo. Ahora la arcilla de que estás formado se ha secado, se ha endurecido. Y nada en adelante será capaz de despertar al músico dormido, al poeta o al astrónomo que quizá habitaba en ti en un principio*» (*Tierra de hombres*, I).

El trabajo sano, a veces en sí mismo educa; es por eso que a Saint-Exupéry le preocupa la desaparición de las riquezas y no por los ricos, sino por los pobres «que van a embrutecerse aún más trabajando en la fabricación de tractores o de taburetes y no en el dorado, la encuadernación artística, la relojería de lujo... Un poco más embrutecidos pero un poco más gordos ¿compensarán las ganancias las pérdidas?»

«Porque el obrero se educa, no por el uso del fruto de su trabajo, sino por su mismo trabajo, por la forma de su actividad. Y el obrero de arte que come mal es más realzado que el peón que come bien» (*Carnets*).

El trabajo también cultiva al hombre que lo realiza. Por eso en *Ciudadela* Saint-Exupéry afirma: «*Loco el que pretende distinguir la cultura del trabajo. Porque el hombre se disgustará primero de un trabajo que será parte muerta de su vida y después de una cultura que no será más que juego sin caución...* Lo que es verdadero para el arquitecto, que adquiere su plena significación cuando gobierna la erección de su templo y no cuando se abandona al juego de dados, es verdad para todos» (LXIX).

VI. DEL TRABAJO AL OCIO Y A LA ORACIÓN

Hoy día todo el ciclo humano se encuentra alterado y eso nos deshumaniza, aunque a veces no nos demos cuenta.

Saint-Exupéry se refiere a la mayoría de los trabajos de nuestro tiempo que educan mal, parcialmente, que encierran a quien trabaja en una especie de *totalitarismo del mundo laboral*: «educado por doce horas de trabajo, lo es para doce horas de trabajo y su ocio no es más que pereza y ausencia... Es necesario cambiar al hombre y el único medio consiste en asegurarle ante todo un ocio» (*Carnets*).

Un ocio que no sea pereza y ausencia, un ocio que sea espacio para ver, admirar y contemplar, un ocio creador.

Pero el trabajo sano también puede ser oración, «elevación de la mente a Dios», según San Buenaventura.

Es por eso que escribe en *Ciudadela*: «Si siembro semillas, ya es como una plegaria recitada en la noche. Y soy aquel que marcha lentamente, esparciendo el trigo bajo las estrellas, y no puedo medir mi papel si permanezco demasiado miope».

«De la semilla saldrá la espiga, la espiga se transformará en carne del hombre, y del hombre saldrá el templo para gloria de Dios. Y podré decir que ese trigo tiene el poder de juntar las piedras».

«Para que la tierra se haga basílica basta una semilla alada a merced de los vientos» (CLXXXI).

VII. EL TIEMPO Y EL SILENCIO

El hombre vive aquí, en este mundo, en el tiempo y tiene que aprovechar ese tiempo para la eternidad.

Saint-Exupéry compara al hombre con el árbol, que no es semilla, después tallo, después tronco, finalmente madera muerta, sino «esa fuerza que lentamente desposa el cielo». Así es el hombre, que no es ni ese escolar, ni ese esposo, ni ese niño, ni ese anciano, sino «aquel que se realiza».

Y se dirige a ese hombre para decirle: «Dios te hace nacer, crecer, te llena sucesivamente de deseos, de pesares, de alegrías y sufrimientos, de cóleras y perdones, después te hace entrar en Él... Y si sabes descubrirte, saborearás la eternidad en tus movimientos. Y todo alrededor de ti se hará eterno. Eterna la fuente que canta y ha sabido abreviar a tus padres, eterna la luz de de los ojos cuando te sonría la amada, eterna la frescura de las noches». Finalmente, concluye con una magnífica sentencia: «*El tiempo no es un reloj que consume su arena, sino un cosechador que ata su gavilla*» (I).

El tiempo necesita hitos que nos permitan ubicarnos en él. Es por eso que son necesarios los ritos. Ellos sirven para jerarquizar los días, nos protegen del abismo del tiempo, que gasta y erosiona, nos impiden perdernos en una semana sin días o en un año sin fiestas, como la morada, la casa, la patria, nos protegen del abismo del espacio, del mundialismo que nos devora.

Por eso en *Ciudadela*, nos presenta este parangón: «*Bueno es que el tiempo sea una construcción.* Así voy de fiesta en fiesta, y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como iba cuando niño de la sala del consejo a la sala del reposo en la anchura del palacio de mi padre donde todos los pasos tenían un sentido» (III).

El tiempo tiene que ver con el silencio. Su vínculo aparece en una máxima de *Ciudadela*: «*Sólo en el silencio la verdad de cada uno se anuda y hecha raíces. Porque el tiempo antes que nada cuenta como lactancia*» (X).

No sólo el silencio permite enraizar la captación subjetiva de la verdad objetiva, sino que también constituye el ámbito desde donde el alma espiritual puede remontar vuelo. Esto aparece acuñado en una sentencia de la misma obra: «*el espacio del espíritu, aquél donde puede desplegar sus alas, es el silencio*» (XVIII).

Es interesante destacar, en el contexto de este inmenso parlamento que es nuestro mundo contemporáneo, en el cual el hombre se aturde y aturde a su prójimo con cataratas de palabras, de gritos, de ruidos y de músicas alienantes, esta reivindicación del silencio.

Incluso en *Ciudadela*, aparece un *himno al silencio*: «Músico de los frutos... vaso de miel de la diligencia de las abejas... reposo del mar en su plenitud... vigilancia de Dios sobre nuestra fiebre, manto de Dios sobre la agitación de los hombres... Silencio de las mujeres que son carne donde madura el fruto... que es santuario y perpetuación... Silencio del hombre que observa y reflexiona... que le permite conocer y que le permite ignorar. Silencio que es rechazo de los gusanos, de los parásitos y de las malas hierbas... Silencio de los pensamientos. Reposo de las abejas, pues la miel está hecha y debe ser tesoro enterrado. Y que madura... Silencio del corazón. Silencio de los sentidos. Silencio de las palabras interiores, pues está bien que encuentres a Dios, que es silencio de lo eterno».

«Silencio de Dios que es semejante al sueño del pastor; porque no hay sueño más dulce; a pesar de que aparezcan amenazados los corderos... que aquél en el cual ya no hay pastor ni rebaño, pues ¿quién sabría distinguirlos, uno del otro, bajo las estrellas, cuando todo es sueño, cuando todo es sueño de lana?» (XXXIX).

Este texto merece un comentario. Silencio de las criaturas no humanas: los frutos, las abejas, el mar. Vigilancia de Dios que se ocupa de sus criaturas, en especial del hombre, de su agitación, de su fiebre. Silencio de la mujer, cuyo seno, hoy tantas veces profanado, es un santuario donde se renueva la vida. Silencio del hombre que estudia y discrimina, que busca la verdad y rechaza el error. Silencio interior, espacio para que se manifieste Dios, el Buen Pastor, en apariencia dormido.

VIII. DIOS

El tema del silencio nos ha conducido a Dios, del cual Saint-Exupéry se alejó en su juventud, y a quien luego buscó, a veces por caminos equivocados, durante toda su vida. Es por eso que *Ciudadela*, testimonio de sus diez últimos años en esta tierra, abunda en oraciones, llamados, referencias a un Dios ausente y lejano, añorado y buscado.

Ya hemos visto la importancia que Saint-Exupéry reconoce al sacerdote, intermediario entre Dios y los hombres, pontífice, a quien quiere poner junto con el poeta al frente de la ciudad, para que hagan «dilatarse el corazón de los hombres».

Pero además, *la ciudad necesita de los templos*, donde se reúnen los adoradores, inútiles para muchos, porque no sirven «para cocinar, ni para dormir, ni para la asamblea de los notables, ni para las reservas de agua», pero que constituyen «pedestales, escaleras y navíos que conducen a Dios». Son «graneros para el alma y el corazón», donde uno se baña en la paz, «en el aquietamiento de las pasiones y en la justicia sin desheredados... donde el dolor de las úlceras se transforma en cántico y ofrenda, donde la amenaza de la muerte se transforma en puerto entrevisto en aguas por fin tranquilas».

Y la realidad del templo, obra humana de un arquitecto, si tiene grandeza, enriquecerá a su artífice y sobrepasará toda la belleza de las maravillas del mundo de la naturaleza física: «¿Qué es la extensión de la vía láctea y de las llanuras azules y del mar en comparación con las que ofrece la noche en el corazón de las piedras cuando el arquitecto ha sabido llenarlas de silencio?» (XIX).

Saint-Exupéry sabe que «no habita el mismo universo quien habite o no el reino de Dios» (III) y el sentirse marginado del reino, lo vacía por dentro, lo transforma en «casa deshabitada». Pero la respuesta a ese silencio de Dios, no es el grito o la protesta o la rebelión, no es ningún ateísmo, menos el militante, sino la súplica.

Aparece como un cirio apagado que no da su luz, se debate en sus contradicciones y en sus manuscritos privados, en sus notas íntimas, expresa sus dudas.

Busca a Dios «que habita en una luz inaccesible», como escribe San Pablo a Timoteo, pero no comprende la encarnación del Verbo, que según afirma Charles Moeller «es lo contrario de lo que él se imagina, lo contrario de una degradación de Dios que se pondría al nivel del hombre. *En la encarnación, Dios se hace hombre sin dejar de ser Dios. Se manifiesta, sin dejar de ser invisible. Se revela, pero en la nube luminosa que es la carne de Jesús, que al mismo tiempo vela a Dios, puesto que algunos no han creído en Él, y lo revela, pues, quien lo ve, ve al Padre*» (16).

Sin consuelo, se siente seco como un guijarro, se siente uno más de los tantos hombres «desmantelados» de hoy, angustiado por la amenaza de la nada, sin esperanza en la vida perdurable, hombres que suplican como lo hace el mismo: «Devolvednos la eternidad... devolvednos lo que somos y perdura más allá de nosotros mismos, dejadnos trocar en piedras preciosas un cuerpo perecedero».

Busca una luz que ilumine, porque sabe que, a pesar de sus dificultades, «*hay una lámpara encendida para ti en el mundo*» (XCVIII), piensa enclaustrarse en un monasterio para cambiar (CXXVI); además sabe, por experiencia en el primer y el último caso y por una profunda intuición en el segundo, «*que los hombres felices se encuentran en mayor proporción en los desiertos, los monasterios y el sacrificio, que en los sedentarios de los valles fértiles o en las islas que se llaman afortunadas*» (CXXXVII).

Saint-Exupéry continúa su ascenso por empinada cuesta y habla de «esa marcha hacia Dios, que sólo puede satisfacerte, pues de signo en signo, lo alcanzarás; Él, que se liga a través de la trama... Él, la sabiduría; *Él, el que Es, Él del cual todo recibo en retorno*» (CLXXVII). Este texto muestra la presencia de Dios que se presenta a Moisés diciéndole: «*Yo soy el que soy*» (*Éxodo*, 3,14).

En una frase aparece un reconocimiento implícito de esa encarnación que había negado en otras: «*Dios desciende hasta la casa para hacerse casa*» (CLXXV). Cada vez que recibimos a Cristo en la comunión, el Señor entra en nuestra casa, en nuestra íntima morada.

El camino hacia Dios pasa por el ascenso a la montaña y por la sed del desierto: «Aquel a quien ha vaciado el sol del mediodía, está en el secreto de la noche que llega, pues habiendo escalado la cima de estrellas, se abreva en el silencio de las fuentes divinas. Y crearás en Dios» (LXXXI).

A veces, durante su peregrinaje, se siente abandonado. Ese dolor se traduce en una plegaria: «*Señor, glacial es a veces mi soledad. ¿Qué puedo hacer con-*

(16) *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Gredos, Madrid, 1975, T. V, pág. 171.

migo, Señor, tal como soy? Señor heme aquí viejo y con la debilidad de los árboles, cuando el viento sopla, cansado, insatisfecho... Y sin embargo, constreñido a subir, formulando menos preguntas, suprimiendo preguntas, hacia tu silencio» (CCXIII).

Le pide a Dios que lo adormezca en el seno de las arenas tan trabajadas, tan queridas, tan añoradas; su angustia, poco a poco, se transforma en la inquietud de San Agustín y por eso se pregunta: «¿No tengo, pues, esperanza de reposo?», a lo que responde: «Allí donde sirven las provisiones. En la sola paz de la muerte donde Dios entroja» (CLXII).

La paz, bien incierto en este mundo, cierto en la eternidad, que pide a Dios: «Señor... no conoceré la paz, ni el amor fuera de Ti» (CCVI) y reconoce haberla encontrado en la oración, que esta vez por sus consecuencias ha sido escuchada: «Encontré la paz, Señor, en el curso de mi plegaria. Vengo de Ti. Me siento jardinero que camina en pasos lentos hacia sus árboles» (CCVIII).

Cansado de tanto parloteo, de tantas conversaciones y debates estériles entre los hombres, de tantas preguntas y respuestas, Saint-Exupéry califica de insensato a quien espera respuestas de Dios, pues si te recibe, si te cura, es borrando tus preguntas con su mano, como la fiebre y le pide la bienaventuranza eterna: «Entrojando un día tu creación, Señor, ábrenos tu visera de dos puertas y haznos entrar adonde a ninguno respondan, pues ya no habrá respuestas, sino beatitud» (XXXIX).

En otra oración le pide a Dios que lo ilumine, que le enseñe a leer, pues «Dios es tan verdadero como el árbol, pero más difícil de leer» (CXXVI), pues si aprende, se habrá acabado su soledad.

Su cansancio y su disconformidad con un mundo respecto al cual se siente extranjero, también se las confía a Dios: «Dame la paz de los establos, de las cosas ordenadas, de las cosechas concluidas. Déjame ser pues he acabado de devenir. Estoy fatigado de los duelos de mi corazón... he vuelto a encontrar a los hombres alrededor del becerro de oro, no interesados, sino estúpidos. Y los niños que hoy nacen me parecen más extranjeros que bárbaros sin religión... Aparéceme, Señor, pues todo es duro cuando se pierde el gusto de Dios» (LXXIII).

Para concluir, no una máxima, sino otra oración, la del crepúsculo de su vida:

«Cuando muera.

Señor, llego a Ti, pues trabajé en tu nombre. Para Ti la simiente.

Yo he construido este cirio. A Ti te toca encenderlo.

Yo he edificado este templo. A Ti te corresponde habitar su silencio» (CXXX).